

De Antonio Pereira a Juan Casamayor

Esta noche he venido al Círculo para una fiesta. El poeta brasileño Lêdo Ivo dice: "Cuando voy a una fiesta me dejo a mí mismo en casa". Es una declaración descarada que yo he imitado a veces, pero no en el caso de hoy, que en cuerpo y alma vengo a la fiesta de Medardo. De Medardo, que alguna vez he visto un si es no es ceñudo; de Medardo, cuyo hábito natural es ser querencioso y cordial. A Medardo lo ponía de mal humor la injusticia de algunos "acomodadores del Parnaso" -un hallazgo de Manolo Alcántara- cuando al tratar la cuentística española alaban como originalidades, recursos que el madrileño de Cuentos de verdad maneja hace cuarenta años. He puesto en pretérito aquel enfado, que tampoco era mucho, de nuestro amigo. A la hora presente, me lo imagino más dado a la sonrisa, sabedor de que la crítica más solvente y el favor de los lectores y la consiguiente demanda de los editores lo sitúan a la cabeza de quienes ya escribían historias breves e intensas hace medio siglo.

Breve será mi intervención en esta velada, y digo velada a sabiendas de su olorcillo decimonónico. Lo que no lograré es el estilo medardiano, tan afortunado que siempre no se deja ver, o sea, el más envidiable de los estilos.

Hace tiempo que sigo y admiro a Medardo Fraile porque es uno de los pocos cuentistas de los que se pueda decir cuentista puro, cuentista al 100x100. Medardo no emprende un cuento para tantear si engorda y se encuentra con una novela. Tampoco escribe cuentos para hacer manos en las treguas de posibles trabajos "más gruesos". Ni por reforzar el presupuesto del veraneo con un cuento adrede para suplementos de periódicos. Y diré un detalle que puede parecer nimio, pero no lo es: Nuestro amigo prefiere y utiliza el término cuento, menos capcioso y lucrativo -al menos en España- que relato, narración, historia corta y similares.

Y como final, una observación que considero importante. Los cuentos de Medardo siempre dicen más de lo que dicen las palabras con que están escritos. Por eso no terminan cuando el autor pone un punto aparentemente final, y acompañan al cómplice lector prolongándole su gozo o su turbación.

!Felicidades, cuentista!

A handwritten signature in cursive script that reads "Antonio Pereira". Below the signature is a simple, horizontal wavy line.